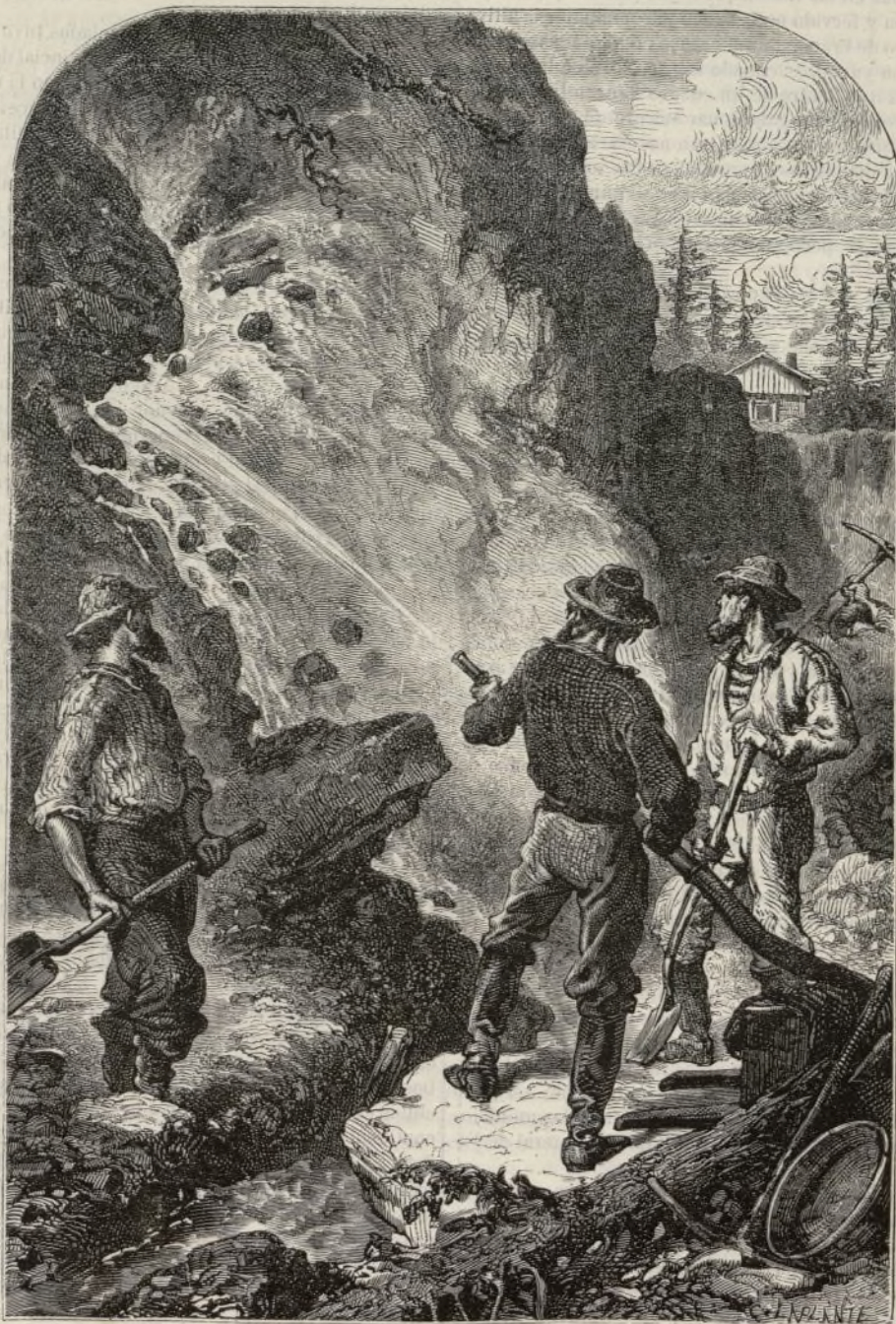


LOS MINEROS DE CALIFORNIA.



Grabado tomado de la VIDA SUBTERRANEA.

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 22

CRUCES Y MEDALLAS CONMEMORATIVAS

DE SERVICIOS HECHOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

Apenas quedan ya veteranos que luzcan al pecho las insignias ganadas en las lides á que se lanzaron con patriótica indignacion y fervido entusiasmo por no doblar la altiva cerviz al yugo de Francia: punto ménos ó algo más que octogenarios son ya todos: cuando hayan bajado á la tumba, plausible será que dentro de un cuadro figuren las condecoraciones creadas para galardonar sus proezas: entretanto parece oportuno, interesante y aun necesario enumerar y describir tales distintivos, segun el orden cronológico de los sucesos varios de entonces. Hoy se puntualizan aquí las diversas jornadas, otro día se hará mención fiel del modo con que se perpetuó la memoria de cada una de ellas.

Dos de Mayo. — Bajo la pirámide fúnebre del Campo de la Lealtad reposan las cenizas de los primeros héroes de la independencia española, y allí la muchedumbre y todas las clases les rinden tributo de admiración y de respeto. Día fué aquel de gloria y de luto. Don Luis Daoiz y Don Pedro Velarde exhalaron el último aliento á las puertas del Parque Viejo de artillería y consiguieron eterna fama. Inermemente arrojóse el pueblo á la lucha: no fué vencido, pero sí asesinado en virtud y por obra del sanguinario bando con que Murat sentenció á inmediato fusilamiento á cuantos llevaran encima hasta unas tijeras ó un corta-plumas; y todo cuando mustio y flado en palabras de paz y olvido ya comprimía su justa saña. Al arranque de furia había dado causa ocasional la noticia de que el adolescente infante D. Francisco lloraba por no salir del Palacio Real con dirección á Bayona, donde ya estaban sus padres y hermanos: donde hubo mas arca-buceamientos fué en el Retiro y en el Prado, en la montaña del Príncipe Pio y en el patio ó átrio del Buen Suceso. Legítimamente interpreta el Ayuntamiento de Madrid los sentimientos del vecindario, cuando reparte las esquelas de convite, para salir procesionalmente de las casas consistoriales hacia la Real iglesia de San Isidro, y cuando tras de asistir á las solemnes honras y á la oración fúnebre en aquel vasto santuario, se dirige al monumento del Prado en igual forma, para que se cante allí á las víctimas un responso. Algunas pocas voces califican esta función religiosa y nacional de antigualla: por dicha cada vez hallarán aquí ménos eco.

Fuga de los zapadores. — Por entonces la escuela de ingenieros estaba en Alcalá de Henares; y tan luego como se supo en aquella ciudad lo del 2 de Mayo, el comandante Don José Veguer no vaciló en arrostrar los peligros de emprender la marcha al frente de dos compañías. Así pudo salvar la bandera, las armas, la caja militar y las municiones, y ponerse á las órdenes del capitán general de Valencia.

Juntas provinciales. — Con la desgarradora noticia de los fusilamientos de Madrid cruzóse por el reino la escandalosísima de las renunciaciones de Bayona, con las que Napoleón resolvió que su hermano José Bonaparte subiera aquí al trono de dos mundos. Una chispa eléctrica no hubiera producido efecto más instantáneo que el de semejantes novedades irrisorias en los ánimos de nuestros padres. Todas las provincias se levantaron como un solo hombre, sin saber las unas de las otras, é instintivamente crearon

juntas de personas de viso y arraigo. Así fué posible regir el movimiento, improvisar recursos y atender á todo: no admite duda alguna que de aquel impulso gigantesco y uniforme se derivó la resistencia formidable y nunca amonada ni con la repetición de los descalabros. Estas juntas dieron vida á la Junta Central muy pronto, que en Aranjuez y Sevilla y Cádiz funcionó sucesivamente, dejando el lugar á una regencia, no sin convocar antes las Cortes generales y extraordinarias.

San Jorge. — Servicios muy señalados tuvo ocasión de prestar desde los principios la junta provincial de Cataluña, pues agravó allí las dificultades por extremo la circunstancia de haber ocupado alevosamente los franceses á Barcelona con todas sus fortificaciones, antes de quitarse la máscara de amigos con que bajaron de los Pirineos y se extendieron por España. A pesar de todo aquellos eminentes patrióticos despreciaron vidas y haciendas, y como por arte de magia consiguieron dar unidad á los ímpetus populares, y armar somatenes, hábiles en trepar á rocas y en descender á precipicios y en salir por escabrosidades á campo raso. De esta suerte los catalanes pudieron brillantemente cosechar en el Bruch muy pronto los primeros laureles con tanto fruto, que interceptaron las comunicaciones del jefe enemigo con los invasores de Aragón y con Francia.

Fuga de Portugal. — A tenor de lo estipulado en el tratado de Fontainebleau vinieron aquí los franceses de paso y con dirección al reino vecino, de cuya desmembración había de tocar al Príncipe de la Paz la soberanía en los Algarbes. Con el general Junot y con los franceses invadieron aquel territorio dos divisiones españolas, á las órdenes de Don Domingo Belestá la primera y de Don Juan Carrafa la segunda. También las provincias de Portugal se alzaron por su independencia como las de España. Toda la división de Belestá pasóse inmediatamente á Galicia: no pudo operar de análogo modo la de Carrafa, por tener los cantones en punto más central y hacia Lisboa. Sin embargo, de Mafra se vino á Extremadura el marqués de Malespina; y aún fué más notable el arrojó de los cuerpos de Valencia y Murcia, pues desde Setúbal emprendieron la peligrosa marcha, y al general Graindorge arrollaron briosamente en los Pegoes, y al fin pisaron el territorio español con una bandera.

Puente de Alcolea. — Desde Toledo y con dirección á Cádiz partió Dupont el día 24 de Mayo de 1808 á la cabeza de diez mil hombres. Signos de hostilidad comprimida observó en todas partes; pero hasta que dió vista al Puente de Alcolea nadie se le interpuso apercibido á una batalla. Allí capitaneaba Don Pedro Agustín de Echevarría á tres mil soldados y mucho paisanaje: de prisa había construido una cabeza de puente: á la izquierda del Guadalquivir puso los caballos, y con los peones recibió á los franceses á tiros. Dos horas duró la pelea: no fogueados los paisanos hasta entonces, por fin se dieron á la huida; merced al buen continente de los jinetes, sin gran pérdida retiróse la tropa. Esta acción fué el 7 de Junio: aunque no fuera venturosa para nuestras armas, galardon merecía el arrojó, mucho más no habiéndose trocado á consecuencia del revés en desaliento, puesto que todos los que allí emprendieron la fuga, una vez y otra retornaron á medirse con los enemigos, sin que los azares de la guerra les entibiasen su entusiasmo.

Rendición de la escuadra francesa. — Cádiz respondió al grito de las provincias españolas, clamando inmediatamente por la rendición de la escuadra allí surta á las órde-

nes del vice-almirante Rossilly y compuesta de cuatro navios y una fragata. Infructuosos resultaron los tratos entre nuestro gobernador Don Tomás de Morla y el vice-almirante enemigo; y con fecha de 7 de Junio le hubo de atacar nuestro general Don Juan Ruiz de Apodaca en el canal de la Caraca. Varios días pasaron entre hostilidades y conferencias: rotas las últimas el 13 por la noche, á las siete de la otra mañana se puso la señal de fuego sobre la torre de Tavira; señal que Ruiz de Apodaca repitió al punto en los topes del navio *Príncipe de Asturias*, y que forzó á Rossilly á entregarse á merced de los españoles. Sobremanera alborozó á Cadiz tal victoria, obtenida sin el auxilio que anhelaban prestar los ingleses. Con los buques se cogieron tres mil seiscientos setenta y seis tripulantes y soldados, cuatrocientos cuarenta y dos cañones y grande porcion de pertrechos.

Mengibar.—No se determinó Dupont á pasar de Córdoba tras de forzar el paso del Guadalquivir por el Puente de Alcolea, mientras no le llegaran más tropas ya en marcha, á causa de que el general Don Francisco Javier Castaños juntaba los once mil soldados de su comandancia general del Campo de San Roque á los reunidos por la junta de Sevilla, bajo la presidencia del ilustre Don Francisco Arias Saavedra y á los sacados por Don Teodoro Reding de Granada. Cerca de Mengibar y por el vado del Rincon atravesaba este caudillo el Guadalquivir á las cuatro de la mañana del 16 de Julio. Ya Dupont habia recibido refuerzos, y Líger Belair se opuso al movimiento de los nuestros con trece mil hombres; pero vióse obligado á la retirada, aunque fué Gobert en su ayuda, sin alcanzar más que la muerte. A la pericia del mayor general Abadia se debió en mucho la fortuna de la jornada.

Bailen.—Magno triunfo alcanzaron el 19 de Julio nuestros españoles contra las tropas francesas recientemente vencedoras en todos los campos de batalla de Europa. Tras sangrienta y pertinaz lucha, no tuvo Dupont más arbitrio que rendir las armas con veintiun mil hombres al popular Castaños. Personalmente no se halló este caudillo en Bailen á la hora del combate; pero el plan de campaña era suyo: sin su declaracion pronta y su gran prestigio no presentarían las provincias andaluzas ninguna fuerza medianamente organizada contra los invasores; y sobre todo, á no ser por su sagacidad y su entereza, no se sacara tanto fruto de la jornada brillante. Don Alberto Lista fué el primero en cantar entusiásticamente el insigne hecho de armas: años adelante la Real Academia Española hizolo asunto de uno de sus certámenes literarios, y no pocos vates respondieron á la convocatoria: ya nonagenario estuvo presente el general preclaro á la adjudicacion de los premios, y las lágrimas se le saltaron de los ojos, cuando se oyó entre aplausos concordes la siguiente frase de uno de los laureados por el asunto en prosa: «Gloria al ilustre general Castaños, cuya existencia conserva el cielo para que sea monumento vivo de aquella imperecedera jornada!» No lo fué ya sino muy poco tiempo: esta solemnidad tuvo lugar el año de 1851 á 29 de Junio, y su muerte acaeció el 24 de Setiembre del siguiente año. Ceremonia esencialmente nacional fué la de la traslacion de su cadáver desde el templo de San Isidro hasta el santuario de Atocha; y á las honras asistió la Reina con su augusto esposo. Aun no se le ha dedicado un sepulcro; algun día se le habrá de erigir una estatua. Conocidísimo es el notable cuadro de *La rendicion de Bailen* desde la penúltima exposicion de Bellas Artes. Felicísimo estuvo el pintor Casado en el desempeño, y cabalmente más en lo que algunos cri-

ticos repararon desacordadamente sobre la actitud modesta del general vencedor y el jactancioso porte del vencido. No lo afirmara yo tan de plano, si no hubiera oido con satisfaccion y especial gusto de boca del mismo general Castaños lo que pasó entonces. Dupont le dijo palabras, que traducidas literalmente al castellano son de este modo:—«General, os entrego una espada diez y siete veces victoriosa.»—A las cuales respondió con naturalidad suma:—«Pues yo esta es la primera vez que mandó en jefe.»—Tal es el momento representado en el lienzo de Casado muy á maravilla. Cuando M. Thiers habló de la batalla de Bailen en su *Historia del Consulado y del Imperio*, lo hizo de modo que el gobierno español creyó necesario publicar una relacion verídica de suceso tan de bulto; y para redactar el trabajo se nombró una comision entre cuyos individuos figuraron los eminentes varones Don Manuel José Quintana y Don Antonio Remon Zarco del Valle. Por causas desconocidas no llegaron al término de su tarea, si bien reunieron planos y noticias, que ahora sirven con otros documentos al distinguido señor Arce para su *Historia militar de la guerra de la independencia de España*. Dos capítulos comprende la batalla de Bailen y son los últimos que ha leído en casa del general don Eduardo Fernandez San Roman á varios amigos. Nada queda por saber allí de lo concerniente á la jornada memorable; y el público aplaudirá sin duda que sin demora se empiece á dar la interesante obra del señor Arce á la estampa.

Norte.—Del dócil Carlos IV y del obcecado Príncipe de la Paz obtuvo Napoleon una division de catorce mil españoles, que por Marzo de 1807 partia á las órdenes del marqués de la Romana, y que por Agosto ya operaba á las órdenes del mariscal Bernadotte hácia Hamburgo. Entre el mar y el ejército francés diseminóse á nuestros batallones y escuadrones á la siguiente primavera, mientras aquí llevaba Napoleon su perfidia usurpadora á cabo. Heróicamente se negaron aquellas leales tropas á jurar á José Bonaparte por monarca. Diputados de varias juntas provinciales alcanzaron del gobierno británico el envio de una escuadra á aquellos mares. Por apoderarse de la isla de Langeland comenzaron los españoles: á ella fueron los acantonados en la de Fionia, donde tenia su cuartel general el marqués de la Romana: desde la península de Jutlandia tambien acudieron los regimientos de caballeria del Rey y del Infante, no logrando el del Algarbe la misma fortuna: tampoco de Zealandia pudieron llegar los ya desarmados regimientos de Asturias y Guadalajara. Próximos estaban á darse á la vela en Langeland más de nueve mil españoles, cuando Bernadotte apeló al último recurso, esparciendo proclamas y activando la diligencia de sus agentes, á fin de propalar falsas voces, que introdujeran la desconfianza en nuestras filas y le proporcionasen la ventaja de sacar partido de la discordia. Con sublime y elocuente respuesta le desengañaron los españoles: á una clavaron sus banderas, y formando circulo en torno, se pusieron de rodillas, y con lágrimas de ternura y despecho juraron desechar ofertas seductoras y ser fieles á su amada patria. De Langeland zarparon el 13 de Agosto y se dirigieron al puerto de Gotemburgo en Suecia, donde aguardaron transportes, que les trajeron á las costas cantábricas á principios de otoño. Una relacion sobre aquella expedicion y su prodigioso desenlace dejó inédita el general Llanos: contadísimos deben ya sobrevivir de los que de ella formaron parte, pues Don Manuel Rosales se contaba entre los de años más juveniles, como nacido en Jerez de la Frontera el año de 1788 á 29 de Octubre, y de

mariscal de campo finó en Madrid el año de 1864 á 23 de Enero.

Lerin. — Con la segunda division de Andalucía ocupaba Don Pedro Grimarets á Lodosa, y á Don Juan de la Cruz Mourgeon previno que se situara en Lerin el 20 de Octubre de 1808 con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y algunos caballos, no pasando en total de mil hombres. Siete mil franceses los atacaron vigorosos, y repelidos fueron una vez y otra del convento de Capuchinos y del palacio hasta que, sin esperanzas de socorros y agotadas las municiones, se vió Cruz Mourgeon compelido á capitular con toda su gente, mereciendo alabanzas del jefe enemigo y alcanzando todos los honores de la guerra y hasta la promesa de canje inmediato.

Rosas. — Cerca de un mes opuso resistencia firme esta desmantelada plaza al general Gouvion Saint Cyr y sus soldados. No capitaneaba el bravo gobernador Don Ramon O'daly más que tres mil hombres. Interceptado tenían los contrarios el camino, por donde aspiró á llevar socorros Don Mariano Alvarez de Castro, que mandaba la vanguardia del ejército de Cataluña, cuyo general en jefe pugnaba á la sazón por apoderarse con buenas y no cumplidas esperanzas de Barcelona, y así la guarnición desesperó de toda ayuda. Señores los franceses de un reducto, llave del atrinchamiento que resguardaba la villa, al ataque se arrojan durante la noche del 26 al 27 de Noviembre por entre los baluartes de San Antonio y Santa María. Tan obstinada fué la defensa que, de los quinientos españoles allí situados, más de trescientos cayeron sin vida y ciento cincuenta quedaron prisioneros. Aún se mantuvo algunos dias la ciudadela, hasta que la brecha fué practicable y precisa una capitulación honrosa. Al comandante del fortín de la Trinidad le cupo la dicha de salvar su tropa á bordo de buques ingleses.

Bubierca. — Perdida la batalla de Tudela por nuestros generales, hácia Calatayud comprendió Castaños su retirada; y la Junta Central mandóle que fuera á Somosierra á cerrar á Napoleon el paso. De seguida se puso en movimiento, y al general Venegas dejó una division de cinco mil hombres, para que le guardase las espaldas. En Bubierca apostó este caudillo sus soldados, y ya el 29 de Noviembre se le vino encima el general Maurice Mathieu con duplicadas fuerzas. Todo el dia sostuvo sangriento y reñidísimo choque sin perder un palmo de terreno, y así atajó la persecucion de los franceses, dando lugar á que llegara Castaños tranquilo á Sigüenza con el grueso de los españoles.

Madrid. — Napoleon trajo aquí grandes refuerzos en persona, y débiles obstáculos halló en Burgos y en Somosierra, y á Chamartin vino el 2 de Diciembre. Temerario del todo fué el propósito concebido por los madrileños de resistir en poblacion abierta y sin tropa; mas, por descabellada que apareciera su tentativa, siempre así daban público testimonio al mundo de que sólo á viva fuerza pisaban su recinto los ejércitos imperiales. Y así y todo, nunca se avino á partido alguno el heroico vecindario: extramuros y en todas las puertas, desde la de Alcalá hasta las del Conde Duque y San Bernardino se le vió pelear durante los dias 2 y 3 de Diciembre con braveza. Aun despues de destruida la tapia oriental del Retiro por treinta cañones, se corrió el paisanaje á los parapetos ó las barricadas de la Carrera de San Gerónimo y de las calles de Alcalá y de Atocha. De capitulación solo hablaron las autoridades, y en contra emitieron algunos individuos de la junta sus votos. Don Tomás de Morla y Don Bernardo Iriarte obtuvieron

de Napoleon toda clase de garantías; y cuando el 4 de Diciembre se posesionaron de Madrid las tropas francesas, mustio y taciturno retiróse el pueblo á sus hogares.

Tarancon. — En Cuenca se reponia el ejército del Centro de sus derrotas pasadas, y sobre Tarancon determinóse á tomar la ofensiva su vanguardia impaciente y dirigida por Don Francisco Javier de Venegas. Allí habia novecientos dragones franceses, y guardias españoles, granaderos provinciales y de Murcia, cazadores de Barbastro y tiradores de España los arrollaron gallardamente el 25 de Diciembre; y á ninguno dejaron escape, si no se extraviara la caballería por efecto de la oscuridad de la noche. Con todo, su pérdida fué de cien soldados entre muertos, heridos y prisioneros; y una vez más experimentaron los invasores, que los mayores triunfos no les eximian aquí de continuos sobresaltos desde el mismo instante en que se ornaban de efimeros laureles.

Castelló de Ampurias. — Aun despues de rendida la plaza de Rosas, por sus inmediaciones campeaba la vanguardia del ejército de Cataluña. Al mando del marqués de Lazan iba una de sus divisiones, compuesta de cuatro mil soldados. Hermano mayor del popular Don José de Palafox y Melci era este jefe, y no se le quedaba atrás en patriotismo y en arrojo: ambas cualidades lució el 2 de Enero de 1809 junto á Castelló de Ampurias, donde hábilmente sostuvo un encuentro ventajosísimo contra los fieros enemigos de España.

Zaragoza. — Literalmente renovó esta ciudad esclarecida el heroismo de Sagunto y Numancia. Don José de Palafox y Melci tuvo la gloria de acaudillar á sus indomables paisanos: allí adquirió el tio Jorge una imperecedera fama: no hubo hombres, ni aun viejos y niños, que no lidiaran como españoles: señoras y mujeres del pueblo figuraron como heroínas; y las comunidades religiosas no abandonaron á los heridos ó dolientes de enfermedades ni ante el horrendo desplome de algunos de sus conventos. Imposible es bosquejar en reseña sucinta el valor y la constancia de la ciudad heroica durante sus dos sitios memorables. César Cantú equipara á las concisas y enérgicas frases de los antiguos espartanos la respuesta de Palafox á Lefebvre Desnouettes, cuando le propuso *Paz y Capitulación* en breve oficio, tras de arruinar casi todas las baterías españolas y teniendo practicables las brechas, pues dijo sin vacilaciones: — *Guerra á cuchillo.* — Además interpretaba fielmente los sentimientos de la muchedumbre, al asegurar que *defenderia hasta la última tapia.* — San Genis era el ingeniero: siempre andaba por donde habia mayor estrago; y se le oyó decir de continuo que no se le llamara á consejo en el caso de venir á acomodos, porque jamás emitiría dictamen contrario á la prolongacion de la defensa. Cuál habia llegado á ser la situacion de aquella ciudad admirable, lo dijo á maravilla en excelente oracion fúnebre Don Nicolás Antonio Heredero y Mayoral de este modo: — «El Ebro y el Gállego con todos sus raudales no han podido apagar el fuego de cincuenta cañones y de innumerables proyectiles, que abrasen el famoso arrabal: sus intrépidos defensores se abren paso por entre espadas y llamas; parte se interna osadamente en la ciudad: tras ellos viene el enemigo concentrando sus fuerzas, procurando avanzar por entre cadáveres y escombros; humanos espectros y esqueletos vivientes le asombran todavía, saliéndole al encuentro. Rodea en fin la calle del Sepulcro, cuyo nombre corresponde perfectamente á su conquista; conquistado habeis, valientes del Sena, un sepulcro, un panteon, un cementerio, que

ya no es más Zaragoza. Cincuenta y cuatro mil cadáveres, cuyos huesos yacen esparcidos por el vasto ámbito de la ciudad, ofrecen en ella el espectáculo del campo lleno de huesos, que vió Ezequiel profeta.» — Ya reducidos los zaragozanos á las mayores extremidades, Don Pedro Maria Ric fué el 19 de Febrero de 1809 al cuartel general de los franceses con algunos individuos de la junta: aquel varon respetable no era hombre de espada, sino de toga, y habia opinado contra la entrega: á sus proposiciones de ajuste respondió el mariscal Lannes de contado: — «Se respetarán las mujeres y los niños, con lo que está concluido el asunto.» — «Ni aun empezado, se oyó replicar á aquel español ilustre con grave entereza; eso sería entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y en tal caso continuará defendiéndose Zaragoza, pues aún tiene armas, municiones, y sobre todo puños.» — Y así obligó al mariscal orgulloso á que escuchase y admitiese razones. Años adelante el mismo Napoleon ponía la conducta de Zaragoza por modelo á los parisienses, cuando sobre su capital avanzaban austriacos, prusianos y rusos. Esto es bastante á dar una idea no muy vaga de lo que la ciudad insigne llevó á cabo durante los cuatro meses largos de sus dos sitios.

Mora y Consuegra. — Al frente de once mil hombres de todas armas hizo el duque de Alburquerque una excursion atrevida desde las faldas de Sierra Morena hasta Mora, de donde ahuyentó al general Dijon y á seiscientos dragones, derrotados por los jinetes de España y Pavía sobre el camino á la retirada; y despues metióse triunfante en Consuegra el día mismo de la capitulacion de Zaragoza.

Valls. — Jefe era el general Don Teodoro Reding del ejército de Cataluña, y no queriéndose meter en Tarragona sin batalla, junto á Valls se la presentó al general Saint Cyr y sus tropas. Cuatro horas les disputó ventajosamente el paso, abierto al fin á impulso de considerables refuerzos y en muy reñida lucha. Por entre las escabrosidades se salvaron nuestros soldados: jinetes enemigos alcanzaron al general en jefe, que rompió brioso por medio de muchos caballos, si bien sacando heridas, de las cuales bajó pronto al sepulcro. A 28 de Febrero de 1809 fué esta jornada, en que no salió galardonado el denuedo por la fortuna.

Villafranca del Bierzo. — Arrimado á la frontera de Portugal se mantuvo el marqués de la Romana con nueve mil hombres en Galicia, despues de sucumbir Moore y de embarcarse los ingleses en la Coruña. Hacia Portugal llevó su ejército el mariscal Soult á principios de Marzo; y entonces sobre Asturias se puso el marqués de la Romana en movimiento. Dentro de Ponferrada hallaron sus tropas un cañon de grueso calibre, y esta casualidad indujo á tentar un ataque sobre Villafranca del Bierzo, ocupada por mil contrarios. Quinientos más españoles condujo el general Don Gabriel de Mendizabal á la empresa, que tuvo dichoso remate el 19 de Marzo. Tambien figuró á los dos meses como segundo de Don Nicolás Mahy en la derrota del general Fournier junto á Lugo.

Alcañiz. — De Tortosa partió el general Don Joaquin Blake á 7 de Mayo con ocho mil hombres, para sostener y fomentar los brios de los aragoneses, no rendidos á la mala fortuna; y delante de Alcañiz presentóse de modo que hubo de evacuar la poblacion el general Laval de prisa. No cortos refuerzos trajo Suchet de Zaragoza; y así españoles y franceses vinieron el 23 de Mayo á batalla con fuerzas iguales. Tras de conservar don Joaquin Blake sus posiciones todas contra sólidas columnas, impelidas á bien concertados ataques, se determinó á tomar la ofensiva, y tan gallardamen-

te lo puso por obra que despavoridos y en tropel llegaron los franceses de noche á Samper de Calanda, no sin dejar sembrado el camino de muertos, heridos y rezagados.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(Se concluirá).

HISTORIA DE NAVARRA.

RONCAL Y TUDELA.

Las inmensas soledades de la Bardena, de ese Sahara de Navarra, sirvieron de escena á un horrible drama, que tuvo lugar en una mañana fria, nebulosa y húmeda, como que era del mes de diciembre. La poderosa influencia de los magnates de Tudela, alcanzando de la debilidad del rey don Juan de Albret la espulsion de los roncaleses del goce y aprovechamiento con sus ganados de ese gran desierto, recrudesciendo la enemistad con que se miraban ambos pueblos, dió margen á tan espantosa representacion. Entonces Tudela, como en el día, encerraba una gran riqueza pecuaria, y pueblos ambos ganaderos, estaban hacia mucho tiempo separados por esa envidia instintiva, que no nos permitimos llamarla emulacion, porque esa palabra respira nobleza, que inspira el egoismo contra todos aquellos que viven de una misma industria.

Sordos los roncaleses á la voz de aquel monarca, seguian campeando por la Bardena, llevando trazas, tal era la tranquilidad con que permanecian sobre el terreno del que tan cruelmente se les desheredaba, de no respetar el mandato real.

En la época de que hablamos, de tan ponderado prestigio para la autoridad, el rey no se cuidaba de que se cumplimentasen sus órdenes, ó si se cuidaba disimulaba mal su poca fuerza, porque el pueblo de Tudela, al conocer la pereza ó impotencia real, tomó sobre si la responsabilidad de hacer que se cumplimentasen y aun de castigar severamente á los rebeldes roncaleses. Algun acontecimiento de suma gravedad debia preocupar al burlon y satirico pueblo de Tudela, en uno de los últimos días del mes de noviembre del año 1496, segun la bulliciosa algazara que reinaba, sostenida por agudos y picantes chistes, entre una gran turba de hombres y mujeres que se agrupaban alrededor de la casa de la ciudad. Era, segun lo hemos averiguado, que dentro se deliberaba sobre la rebeldia de los roncaleses, que dentro se discutian los grados de su culpabilidad, y que allí se discurría el castigo que merecia su insolente desobediencia. Una gran borrasca parlamentaria, como ahora la llamariamos, segun el calor con que disputaban, tenia lugar dentro de la sala de sesiones. La voz de la justicia, reprobando toda agresion violenta; la voz de la prudencia, predicando la calma y la moderacion, haciendo conocer las probalidades de un desastre en una lucha con un pueblo sóbrio, valiente y robusto como el roncalés, con ese pueblo nómada, el único quizá del mundo civilizado que no ha renunciado hoy de sus primitivas costumbres, y que el valor desplegado en la batalla de Roncesvalles le dieron un nombre inmortal en la historia, fueron ahogadas por los tumultuosos gritos de la venganza. Porque ¡guer-

ra y venganza! gritó con atronadora voz, apurando los restos de su bélica impaciencia, el impetuoso Verispe, joven ardiente, de corazón arrogante como arrogante su figura, y ¡guerra y venganza! respondió desde fuera el populacho tudelano, que como todos, y entonces como ahora, es el general supremo que decide el fallo de todas las causas que las circunstancias le conceden el derecho de intervenir.

Triunfante, pues, la idea de la guerra, dispúsose aceleradamente la organización de la fuerza expedicionaria, y en la mañana del miércoles 1.º de diciembre de 1496, y sin detenerlo la espesa y húmeda neblilla que oscurecía el día y empapaba sus vestidos, y orgulloso de ser la admiración de las lindas tudelanas, que lo despiden con voluptuosos suspiros, vióse el garboso Verispe, que oprimiendo los respetuosos lomos de su cuidado caballo, y empuñando la bandera de la ciudad, con el trapo desplegado, salía hacia el puente de Tudela seguido de setenta hombres á pie y á caballo, formando la última tropa lo mas florido de la aristocrática juventud tudelana, llevando tan numeroso bagaje, que sobre afeár su aspecto guerrero, embarazaba la marcha. Haciendo su primera etapa en Arguedas, donde descansaron hasta las doce de aquella noche, las campanadas de esta hora los puso en movimiento á su destino, que al despuntar la aurora los hallamos sorprendiendo los llanos de la Destroza.

Como pasa en el día, sucedía en aquella época; los aprovechamientos comunes de la Bardena, son como todos, del que primero los ocupa, y sin embargo, una repartición tácitamente practicada tiene lugar por mútua conveniencia, presidiéndola un sentimiento de equidad, que en interés de todos está en respetarla. Por este reparto tácito fueron las llanuras de la Destroza patrimonio aquel año del roncalés Vicente de Esnal, anciano venerable, que rodeado de siete hijos y contemplándose orgulloso de ver tan profusamente reproducida su raza, se resguardaba del frío de la mañana al abrigo de su barrera, secando la humedad recogida por la noche con el calor de una hoguera, porque es decir, los pastores en la Bardena no tienen mas techo que las azuladas bóvedas del cielo. Dulcemente entretenidos con su inocente conversacion, sin sospechar su próximo peligro, cuando una ráfaga de viento enviada por su ángel de la guarda, dispersa la niebla que envolvía y ocultaba al cuerpo de Tudela, y les hace conocer sus disposiciones hostiles.

El anciano, al momento, con la rapidéz del rayo, todo lo adivina, y sintiendo reverdecer dentro de su pecho su marchito coraje, se apresta á una heroica defensa, mandando á sus hijos con la voz del ejemplo. Fiada la hueste tudelana en su superioridad numérica embiste ríciamente, y con sorpresa suya, ríciamente se le resiste, trabándose sorda é imponente lucha. Allí no había carabinas á la Minie; allí no se conocía el ataque en forma de cuña, pero había buenas hondas hábilmente manejadas, y á la estrategia la suplía el bravo corazón de cada combatiente.

Dos horas de lucha, en que ocho roncaleses, protegidos por estensas sardas de leña, que inutilizaban el concurso de la caballería enemiga, resistían tenazmente á las fuerzas tudelanas, cuando la desproporcion del número debía por último, dar sus ventajas. Ceden aquellos; mejor dicho, venden el terreno, porque Tudela lo compra con la sangre de los mas valientes, y los siete jóvenes de ligeras piernas, abandonan en un momento de flaqueza al intrépido anciano, que llorando, no su muerte sino la cobardía de los hijos,

les grita dando á sus pulmones la fuerza de la juventud, ¡corred, corred, corazones de mujeres, pero volved siquiera la vista atrás y aprended de vuestro padre como ofrece su sangre en holocausto del buen nombre del valle! ¡Mirad, como Voluntario, nuestro leal mastín, me acompaña al sacrificio! vosotros, cobardes, me abandonais cuando él no me abandona! Tan sublime abnegacion, tanta grandeza de ánimo delante de la eternidad, admira al enemigo y detiene el hierro levantado ya para herirle. Sálvese el anciano, porque los hijos avergonzados de una fidelidad á menos prueba que la del noble animal, se bautizan de su pecado cobarde, volviendo con enérgica decision al lado de su padre, lo cubren con sus pechos y todos á porfía se disputan el puesto de mas peligro para continuar una lucha empezada con tanta gloria. Mientras tanto, el ruido del combate es el alambre que comunica á Domingo Garde, Pedro Bertol y Pedro Beriz, mayores de Uztarroz, de Vidangoz y Burgui, el lugar donde se pelea por el honor de Roncal. Engruesadas la filas roncalesas con los pastores que conducen estos caudillos, hasta ponerse á la par, el combate es mas igual. Gente fresca, y mas robusta y mas ágil que la de Tudela, á los que embaraza sus movimientos la necesidad de proteger su bagaje, el dios de la guerra, indeciso ante tanto valor para conceder la victoria, les dispensa ahora sus favores, obligando al enemigo á pronunciarse en retirada. Esta, dicho sea en honor de Tudela, se verifica con valentía, con orden, imponiendo respeto al enemigo como si el gran génio militar de Moreau la guiara, hasta que un ataque de los montañeses, emprendido con toda la fuerza de la desesperacion, rompe los lazos de este orden sin que nada valiera para unirlos los rasgos de valor con que se señalaba Verispe, y los pone en completa dispersion, principiando una horrible matanza. Sangre navarra la que combatía, que en todas las guerras ha asombrado al mundo con la grandiosidad de su valor, ni se concedía ni se demandaba cuartel. Estaban todos dotados de indomable orgullo para humillarse á pedir una vida, que se perdía con indiferencia, sin murmurar una queja, y veintinueve tudelanos, entre ellos los nobles Martín de Peralta, Eslava, Castel-Ruiz y su hijo y el justicia Avendaño, pagaron con su vida su injusta agresion, y mayor fuera su número si el héroe de la jornada, el viejo Esnal, no se hubiera interpuesto entre los suyos gritando en vasconce: ¡Asquidad, asquidad! ¡Basta, basta! Retirados los roncaleses hasta Sancho Abarca, llevándose el rico bagaje de Tudela, comunicaron al valle los detalles de este suceso, estallando tal indignacion, que nosotros la santificamos por el motivo, que en junta general acordaron comisionar á los alcaldes de Urzainqui y Burgui para desafiar á Tudela á mortal combate, que aceptado por la valiente ciudad mayores hubieran sido las desgracias que lamentar, si el rey dispersándose aunque tardamente de su sueño, no lo impidiera, lavando su culpable apatía llamando á ambos rivales á una conciliacion, fácil de conseguir entre dos pueblos valientes. Si ahora se nos pregunta porque exhumanos este suceso histórico, envuelto hasta ahora en la noche de lo desconocido, cuando el respetabilísimo escritor tudelano señor Yanguas y Miranda no lo ha consignado en sus preciosas antigüedades, mas cuando en ellas se refiere á las sangrientas disensiones de ambos pueblos, que pueda despertar su antigua animosidad ó herir su susceptibilidad, respondémos, que sobre no ser posible reanimar aquel odio, muerto por los rayos de la civilizacion, en nada puede lastimar el amor propio del vencido, porque cuando dos pueblos se

ha dicho someten el triunfo de su causa á la razon de la fuerza y ambos combaten con valor, si gloria recoge el vencedor no hay humillacion en su desgracia para el vencido: lo exhumamos para, comparando fechas, hacerlo valer en pro de la actual generacion, para contestar á los que uno y otro dia la acusan, cual si fuera un crimen, que se sale de su asiento; como si con nuestros caminos de hierro, con nuestros telégrafos, con todos nuestros progresos pudiéramos hacer el tránsito de esta vida sobre la carcomida silla en que descansaban nuestros abuelos. ¿Cuándo se presenciara hoy, sin levantar á lo menos un unánime grito de reprobacion, de que dos pueblos de una misma provincia apelasen á esos bárbaros juicios que inicuamente llamaban de Dios para decidir la razon? ¿Cuándo se consentiria que se desafiaran por conducto de sus alcaldes? La España antigua, la España de nuestro asiento, vivia en la anarquía, porque dividida por el genio del mal en tantos partidos como pueblos, mirábanse como naturales enemigos, y desórdenes de esta naturaleza, que cada dia se sucedian, engendraban nuevos y feroces odios, cuando hoy hasta hemos acabado con ese espíritu de provincialismo, que, aunque de carácter mas pacífico, vivia ayer entre nosotros, no dudando que muy pronto, refrescado el sentimiento de hermandad por el rocío de la civilizacion, renun- ciará á todos los hombres en una familia de hermanos para dicha de la humanidad.

JUAN YANQUES IRACHETA.

NUEVA HOLANDA.—DESCRIPCION DE SIDNEY.

Hállanse países enteramente salvajes; haylos tambien en que la civilizacion ya vencedora ó vencida, hace dudar al entendimiento acerca del resultado de la querella entablada por el tiempo.

No sucede lo mismo en Sidney-Cow, capital del condado de Cumberland: el hombre, sin mas instinto que el concedido á los brutos, se roza con el culto habitante de las ciudades y cada cual obra y piensa como quiere.

¿Será esto igualmente bueno para unos y para otros? discurre que no, y si en todas ocasiones mereció alabanza y respeto el santo celo de los misioneros, es indudablemente cuando á costa de fatigas inauditas procuran arrancar á criaturas infelices del embrutecimiento y miseria en que se hallan sumidos, arrastranlo en el seno de los bosques una independencia feroz, en cuya comparacion serian mejores los hierros de la prision mas dura.

Diremostambien antes de pasar adelante, que sería justo y moral, ya que no se impusieran castigos, prohibir la entrada en la ciudad á los naturales que se presentasen sin vestidos, pues no hay duda que es un espectáculo asqueroso el ver tantos hombres y mujeres absolutamente desnudos en medio de una poblacion, acostumbrada á tal desaliño, pero al cual no se habituan de seguro las jóvenes europeas, sin un profundo sentimiento de desagrado. Puesto que el hambre obliga á salir de los desiertos á tan feroces hordas, procure al menos la mano que les alimenta imponerles tambien deberes de gratitud.

Le bastaría al gobernador de la colonia pronunciar una sola palabra para obtener este resultado moral, de que al parecer tan poco se cuida. A ningun salvaje negaría cual-

quier habitante de Sidney un pedazo de tela para cubrirse, y además todos aquellos seres podrían adquirir facilmente una piel de kangurroo, cuyo uso debía prescribirseles con severidad.

Bien conozco que para los indígenas de Nueva-Holanda, entes degradados á quienes aun parece mezquina la inmensidad del desierto, es un estorbo de consideracion el uso de vestidos. No son capaces de levantar un muro para guarecerse de la intemperie, ni un asilo para librarse de las bestias feroces y de las serpientes, hospitalarios moradores de sus bosques; necesitan solo barracas capaces de contener su desenfundada vagancia; por esta razon pudiera concederse campo libre á sus instintos fuera de la ciudad, pero absoluta prohibicion de entrar en ella sin otro arreo que la macana y saetas.

Mr. Arago quiso vestir un dia al jefe de una horda de tan desdichada gente, le puso una camisa vieja, unos pantalones y levita. Condescendió murmurando el feroz salvaje con tan benéficas intenciones, y sus camaradas no hubo género de locuras, cantos y saltos que no diesen al ver estrechado así el cuerpo de un hombre que jamás se había probado vestido alguno; y sin embargo, mas reconocido de lo que podia esperarse, volvió á los cuatro dias con la ropa hecha giras á ofrecer á su bienhechor con mucha ceremonia la cabeza de un enemigo á quien había dado muerte en su última escursión. Escusado es decir, que rechazada por el ilustre viajero aquella sangrienta y asquerosa ofrenda, se le tuvo por los bárbaros en el concepto de un ingrato y ridiculo incapaz de corresponder á los obsequios de personas bien educadas.

Parte de la ciudad de Sidney se halla situada en la llanura y parte en el suave declive de una colina que domina la orilla Sur del rio, de manera que forma un anfiteatro de aspecto encantador. Los principales edificios se delinean con buen gusto, originalidad y grandeza sobre las antiguas cabañas de madera, que desaparecen poco á poco reemplazadas por casas elegantes y sólidas de piedra labrada, decoradas con lindas esculturas y balcones ligeros, notables por su bella construccion. Parece haberse copiado las habitaciones de los jardines reales ingleses, hasta el punto de que bien pueden los *fashionables* de Londres hacerse la ilusion de que solo se hallan algunas millas apartados de su ciudad natal.

A la izquierda se levanta imponente y dominador el palacio del gobierno, muy bien dispuesto, con anchas ventanas por las cuales circula el aire con libertad, y adornado en sus dos alas por una vegetacion robusta que le presta un aire alegre y juvenil. Su grandioso patio y peristilo, sirven de adorno y comodidad al mismo tiempo. Detrás de aquella magnífica residencia, cuyos aposentos se hallan ricamente decorados, se estiende un deliciosísimo jardín, en el cual florecen las mas estimadas producciones de ambos hemisferios. A continuacion hay otro á la inglesa, donde á través de los arbustos se recrean hermosos cisnes de color negro, sin iguales en el mundo por su elegante y lindo aspecto: allí tambien apoyado el kangurroo sobre su cola y sus dos largas patas posteriores, hace de una y otras sólido apoyo para salvar de un brinco los setos de hojaranzos, llamando á si con grito quejumbroso á sus débiles pequeñuelos, que corren á buscar abrigo en su bolsa protectora. Pasados infinidad de bosquecillos de los que se exhalan los mas agradables perfumes y en donde brillan en generosa competencia las flores mas preciadas de los climas favorecidos por la naturaleza, ofrécese á la vista un

magnífico barrio construido de piedra y ladrillos, ostentando su estensa línea de bien ordenadas ventanas, mientras al lado, por efecto de la perspectiva, admira el observador una inmensa serie de columnas bajo las cuales se pasean los enfermos, pues aquel edificio es un hospital magnífico, en cuya construcción se pusieron los mas solícitos y generosos cuidados.

Volviendo la vista hácia la izquierda y atravesando un gran espacio que ocupan habitaciones encantadoras, sembradas, por decirlo así, en medio de risueños bosques, se advierte un edificio fabricado de ladrillo, algun tanto circular, que sirve de cuadra y si fuera necesario podria fortificarse para defender la ciudad. Siguiendo desde allí hasta la entrada del puerto debe contemplarse el alto faro, de elegante, sólida y noble construcción, que indica el rumbo con sus fuegos y eclipses regulares, para que no se le con-

funda con las hogueras que encienden los salvajes que han establecido sus reales en las montañas vecinas.

En el embarcadero se presenta el templo, cuadrado y sin adornos, grave y severo, cual conviene á su destino, y mas acá se levantan ricos almacenes con destino á depósito de mercancías, mientras al lado opuesto señorea las transparentes aguas el sólido muelle, junto á cuyas anchas losas pueden carenar toda clase de buques sin el menor peligro. Otros muchos edificios públicos y particulares pueblan aquel soberbio paisaje, pareciendo imposible que una ciudad tan bella y floreciente sea obra de hace pocos años.

Las calles del Cuartel Nuevo, son anchas y rectas, pero mal empedradas, por lo cual es desagradable transitar por ellas en tiempo de lluvia. En cuanto al Cuartel Viejo, construido en el rápido descenso de una costanera, tan solo á



Vista de Sidney.

pié puede transitarse por los senderos que hay alrededor de las casas, siendo fácil de prever que dentro de poco quedará destruido.

Admira seguramente el lujo que se advierte en el barrio habitado por la gente principal. Atraviesan las calles ligeros tilburis y suntuosos carruajes, caballos y trenes de caza á la que convidan al viajero con la cordialidad mas franca, los banqueros, negociantes y propietarios, que rivalizan en atenciones, á fin de que la estancia en su patria sea una fiesta continuada para los aportados á ella.

Los alrededores de Sidney nada tienen de risueños por mas que se hallen bien cultivados. Sin embargo, llaman la atención algunas casas de campo edificadas con elegancia y embellecidas con jardines poblados de ricos árboles europeos. El roble y el albrichigo son los vegetales de nuestros climas que mejor han prevalecido. Los demás árboles

que sombrean aquel suelo son la higuera, el peral, el manzano y el naranjo, todos de utilidad notoria contra el hambre ó la escasez.

El observador que á la puesta del sol mire la campiña colocado en lo alto de un edificio podrá disfrutar de un espectáculo original y pintoresco. Del centro de los profundos bosques se lanzan inmensas columnas de humo y fuego iluminando el horizonte. Son los nuevos plantadores que despues de haber circunserito con el hacha el terreno que les conviene entregar al cultivo, incendian los antiguos árboles y malezas: llegado el fuego al límite que no puede pasar se detiene y estingue fecundando con sus cenizas las tierras desbrozadas, para convertir en amenas campiñas las selvas habitadas hace poco por tribus de antropófagos.

CH.